

mania imposible hoy; sólo es fácil la union ibérica. Procurémosla. Digámosle á Portugal, enseñándole á Tetuan: «El dia que estemos unidos, nadie podrá violar nuestro derecho, ningun poder dejará de saludarnos, y nuestro voto pesará incontrastablemente en la balanza de los destinos de Europa. Unámonos, olvidemos preocupaciones de la Edad media; unámonos en el santo, en el infame amor de la patria, y las generaciones venideras dirán que hemos dado cima á una obra de gigantes, y pondrán el nombre de esta generacion afortunada en las páginas de oro del inmortal libro de la historia. Esta, y no otra, es la política nacional.

Febrero 48 de 1860.

---

## LAS DESGRACIAS HISTÓRICAS

DE ITALIA.

---

### I.

En medio de las tempestades que han agitado al presente siglo, nunca se ha perdido la voz plañidera de Italia, que se duele de sus acerbos, de sus antiguos males. Todo cuanto debió ser su grandeza, se ha convertido en su daño. El dominio del mundo en la antigüedad, el dominio de la conciencia en los tiempos modernos, su inagotable inspiracion, sus paletas, sus pinceles, el cincel que tiene siempre en su mano para modelar sus estatuas, el templo inmenso que ha levantado bajo la idea sagrada del catolicismo, su amor á la humanidad, la misma hermosura de sus cielos y de sus campos, la misma claridad de sus ma-



res, la mágia de sus cánticos, que han dado una armonía á todos los sentimientos; si han servido á su grandeza religiosa, á su grandeza artística, á su grandeza moral, no la han dejado nunca ser nacion, porque en vano hubiera pretendido pertenecerse á sí misma, la que por sus recuerdos pertenecía á todo el mundo. Contemplemos un instante los dolores históricos de Italia. Los hechos hablarán mejor que nuestras palabras.

Se abren los tiempos modernos, cuando la antigua Roma cae, y entran en el templo de la humanidad los bárbaros. Casiodoro escribe desde su retiro el epitáfio católico sobre el sepulcro de la Roma pagana, como Teodosio habia levantado ántes la cruz sobre sus cenizas. Desde lo alto de la roca Tarpeya, los sacerdotes del antiguo culto, vestidos de blanco, cual sombras que hubieran rasgado su sudario, arrojan su tirso y su corona de verbena á los abismos. La voz que se oia en los mares de Sicilia, y que turbaba el dulce cántico de los navegantes griegos, vuelve á anunciar que el dios Pan ha muerto, que se ha quebrado aquella lira de oro trasmitida de mano en mano desde Homero á Virgilio. Italia, la riente Italia arroja la copa de sus festines, la gloriosa lanza

de sus combates, y se encierra en el claústro, mientras los bárbaros se reparten sus despojos. No se oye entonces la palabra pátria. Si algun respeto se ofrece en holocausto á Roma, es el respeto de Atila; si algun príncipe intenta levantar el derecho perdido, ese príncipe se llama Teodorico. Los bárbaros, deslumbrados por el ideal del imperio, no se atreven á levantar el hogar de la pátria donde estuvo antes el hogar de la humanidad. La idea de nacion es una idea pequeña delante de la idea de humanidad, que guardaba Roma en su mismo sepulcro. El italiano baja la frente al destino, y entrega su alma á los bárbaros. Por unos desfiladeros bajan los godos y los lombardos, por otros los francos; todos son bárbaros. Tan extranjero es en Italia Carlo-Magno, como Federico Barbarroja. Solo, á las orillas del mar, al dulce beso de las brisas, viendo el continuo movimiento de las ondas y lo infinito en la naturaleza, puede nacer la idea de libertad, que aún más que el viento, hincha las lonas de Génova y de Venecia. Pero Génova y Venecia son ciudades que nunca miran á toda la pátria italiana, son ramas llenas de sávia, que, desgajadas de un árbol seco, caen sobre las ondas.



La idea del antiguo imperio fué el tormento de Italia. Pero ¿qué mucho, si fué también el tormento del mundo? El bárbaro Alarico soñaba con un imperio godo tan poderoso como el imperio romano; Atila no creía en la legitimidad de la fuerza, que era su único derecho, y se llevaba consigo para sentarse sin remordimiento en el trono, una sombra de imperio; Teodorico intentaba hacer de Italia, de Francia y de España, una nueva Roma á lo Augusto, y Carlo-Magno, cuando interrogaba con ávidos ojos la cartilla de su maestro Alcuino, no quería la ciencia que no alcanzaba, sino el secreto de aquel poder de la Ciudad Eterna, que sólo era conocido por sus ruinas, y asombraba aún al universo. Italia, acostumbrada á unir su grandeza á su imperio, se contentaba con guardar el nombre de sus cónsules, de su república, de su sacro Senado; entregaba la custodia de todas estas sombras sin cuerpo, de estos símbolos sin idea, de estas palabras sin sentido, á un emperador feudal, á un descendiente de Armonio, al que tenía las manos manchadas con la sangre de los antiguos romanos, y se hallaba bien con su servidumbre, y se gozaba en ver al fantasma del imperio errar por sus horizontes, y

quería á toda costa un amo, un dueño; porque la cadena de la esclavitud se había hundido en su cuerpo como parte de su sér, y había penetrado hasta su espíritu. Para el pueblo que se acostumbra á la esclavitud, la libertad es un imponderable peso que no pueden resistir sus hombros. El paganismo no muere por eso en Italia. Dante invoca á Virgilio; Rafael encierra el alma de sus vírgenes en las líneas armónicas de la estatua griega; Benvenuto Cellini imita en sus Cristos los Apolos clásicos; los escolásticos ajustan su ciencia al génio de Aristóteles; Marsilio Ficino habla bajo los plátanos del Arno, como hablaba Platon bajo los plátanos del Pireo; Bembo expresa las ideas católicas en los rotundos períodos de Marco Tulio, y Miguel Angel corona la Basílica del catolicismo con la rotonda del Panteon, donde habían dormido el último sueño todos los dioses del paganismo. El imperio, pues, debía tener una gran virtud en un pueblo que no había olvidado su ideal. Mas su error consistió principalmente en confiar la custodia de su imperio á un extranjero, á un bárbaro.

Dos elementos parecían destinados á contrastar la fuerza del imperio alemán; el sentimiento mu-



nicipal, tan vivo en Italia, y el pontificado, tan querido á la sazón en Europa. El sentimiento municipal era la ley de la variedad y de la libertad, el pontificado era la ley de la unidad y de la autoridad. Todo podía esperarse en favor de la libertad y de la patria, de aquellas ciudades, comerciales unas, artísticas otras, en que el feudalismo no había clavado sus garras, en que se agitaba un pueblo tan libre como el pueblo de las antiguas repúblicas griegas, en que el trabajo era nobleza y no servidumbre, en que el poeta, el pintor, recibían inspiraciones de todos los ciudadanos; en que cada iglesia era un museo, cada cementerio un panteón de hermosas esculturas, cada plaza una academia, cada calle una galería artística, cada casa un taller; ciudades sin duda elegidas por Dios para templo de la idea de la personalidad humana que brotaba entonces, como pequeño tallo en la raíz de la vida. Y todo podía esperarse en favor de la unidad de Italia, ciertamente, del pontífice, más justo y más humano que los antiguos césares, ornado de una autoridad divina, ascendido por el consentimiento de todas las conciencias y por la elección de la Iglesia á una región, donde no podían llegar las

tempestades del mundo, árbitro entonces de todos los poderes, encarnación viva de la unidad espiritual que el cristianismo había traído á la historia. Mas ¡oh fatalidad! Las ciudades que debían ser la libertad de Italia, nunca llegaron al sentimiento de una patria italiana. Todas pulverizaron bajo sus plantas la unidad nacional. Casi todas se dieron á un tirano, y por conservar la independencia de su municipio, perdieron la independencia de la patria. Nápoles se entrega á la casa de Anjou, Palermo á la casa de Aragón, Milán al emperador, Brescia á Lanfranco y á los Escalas, la orgullosa Florencia al duque de Atenas, Arezzo á Pedro Sacconi, que la vende por treinta dineros; todas á sus podestás, que las esclavizaban, sin acordarse ninguna de reconstituir el ideal de la patria. Y si sucede esto con el municipio, algo semejante sucede, aunque en sentido opuesto, con la política del pontificado. Es verdad que Roma se oponía á la Alemania, que el pontífice era enemigo del emperador, que extendía su manto para cobijar las pequeñas repúblicas, que armaba ligas contra el gran tirano germánico, que sostenía en cuanto le era dable el espíritu democrático de Italia; es verdad todo esto,



pero tambien es verdad que el papa , por su carácter sagrado, y sus relaciones con el mundo, y su tendencia natural á la universalidad de su dominio, y su catolicismo, que rebosaba en los estrechos limites de la nacionalidad, y sus ideas cosmopolitas, aunque era el papa de todas las Iglesias, el jefe espiritual de los cristianos, tenia que sacrificar muchas veces su Italia, en aras de la humanidad, como aquel rey que sacrificó su hermosa hija coronada de flores en aras de la Grecia. Así el pontífice se vió obligado á encender la hoguera de Arnaldo de Brescia con la tea que le diera el emperador; de Arnaldo de Brescia, mártir, que fué el primer ciudadano de la Roma moderna, como Bruto habia sido el último ciudadano de la Roma antigua. De suerte que ni las ciudades por su tendencia al fraccionamiento, ni el pontificado por su tendencia á la universalidad, pudieron realizar la unidad de Italia, eterna mártir de su propia grandeza.

Un dia, en el siglo x, creyó el mundo que iba Italia á redimirse á sí misma, y á redimirse para siempre. Pavia y Milan juraron un tratado para juntarse en eterna guerra con el emperador. Alrededor de aquel tratado se unian todas las demás

ciudades lombardas, formando una inmensa liga. Con grandes clamores pedian sus antiguos derechos, libres elecciones de sus magistrados y de sus cónsules al toque de campana, propia jurisdiccion, facultad de caminar libremente por toda Italia, exencion de mil pechos que las gravaban con inmensa pesadumbre, constituciones amplias y tradicionales basadas en su propia libertad, demolicion del palacio del emperador que parecia con sus negruzcos torreones como el carcelero de la patria, alejamiento perpétuo de todo soldado imperial. Y este pacto, que hubiera podido ser la Carta Magna de Italia, es archivado en los municipios, escrito en las banderas, jurado en presencia de Dios bajo las bóvedas de las iglesias, y sostenido por mil espadas que brillan desnudas, reflejando los resplandores del sol de los combates; y para que nada faltase, bendecido por el papa, que alienta con su voz las legiones de la libertad, como armadas por la justicia, y depositarias del eterno espíritu de Italia. Llega la hora de la lucha, y el emperador Federico I vence á los italianos con la fascinacion del antiguo nombre del imperio. Pasa los Alpes, y los italianos no le oponen resistencia, porque respetan al César. Es



vencido en el sitio de Alejandría , y los italianos abren sus filas para dejarle pasar , porque ven con acatamiento en su vencido al César . Se presenta en las conferencias de Roncaglia , y los domina , porque ha nacido para domeñar la voluntad de los italianos . Firma la paz de Constanza , y el emperador , vencido , impone condiciones al pueblo vencedor . Y el papa Alejandro III entrega la Italia á su eterno enemigo , y algun tiempo despues , Enrique VII habla en la Roma católica con la misma arrogancia con que hablaba Tiberio en el antiguo Senado . El esfuerzo habia sido inútil . Italia cayó bajo el peso del recuerdo de su antigua grandeza , como si Dios la hubiera condenado , en castigo de su pasada soberanía , á eterna servidumbre . Y el emperador no tenia más título al dominio de Italia que su origen extranjero , los grandes tributos que imponia , la capitacion con que se lucraba , un impuesto sobre cada niño al nacer , la cuarta parte del salario de los obreros , todo decorado con el nombre y la majestad de la antigua Roma .

¡ Misera Italia ! Por todas partes se levantan enemigos contra tu poder . Los mismos que recibieron tu luz te niegan . Los mismos que sin tí jamás hu-

bieran salido de la barbarie , quieren sepultarte en eterna noche . Los mismos á quienes has alegrado con tus cánticos , te aprisionan , para que regales sus oídos y arrulles el sueño de sus orgías . Nosotros hemos sentido siempre como propios tus dolores , y te hemos seguido , con los ojos arrasados en lágrimas , por el camino sembrado de espinas , donde has dejado tu sangre y tu vida . Pero sigamos contemplando tus dolores , á ver si es posible esperar , al lado de tu sepulcro de mármol , donde todos los genios de la tierra han depositado una corona de laurel , el día feliz de tu resurreccion ; porque los tiranos pasan , y los pueblos sobreviven á todas las trasformaciones de la tiranía , y tarde ó temprano quebrantan sus cadenas .

Marzo 3 de 1860 .